

Capítulo 1



Timmy se concentró y entornó los ojos para mirar la bisagra de latón que intentaba atornillar en la compleja construcción de madera. Dio una vuelta más al destornillador para poder colocarla en su lugar. Ah, por fin sintió cómo las guías de metal encajaban en el tornillo.

—Ya está, muy bien.

Miró a su alrededor, satisfecho, buscando un tornillo más.

Timmy era un gato. Quizá no aún adulto del todo, pero tampoco una cría. Además, a pesar de su corta edad, era singularmente listo, decidido, analítico y muy ingenioso (al menos eso era lo que él pensaba de sí mismo). Tenía el pelaje de color ceniza brillante y los ojos amarillos luminosos.

Timmy y su amigo, el visón Simon, estaban, como siempre, absortos en su trabajo en el desván de encima de la pastelería de la ciudad. Tiempo atrás, los dos amigos habían inventado un aparato que hacía un glaseado perfecto sobre los dulces del pastelero, y como pago, este les había





brindado la posibilidad de hacer uso del espacio vacío que tenía bajo el tejado.

Simon era un año mayor que Timmy, pero se conocían desde que tenían uso de memoria. Se habían hecho amigos en la calle, en una época en la que ninguno de los dos tenía donde vivir, y desde aquel momento se habían cuidado mutuamente.

Simon era un visón elegante, al menos eso era lo que solía destacar él de sí mismo, y pasaba al menos una hora al día cepillándose el pelaje y acicalándose. Le resultaba fácil entablar contacto con las chicas, y siempre había alguna chica visón mona o una muchacha ardilla de ojos grandes que pasaba por el desván para hacerle una visita. Timmy no entendía cómo lo hacía, deseaba que un ápice de aque-

lla seguridad que Simon tenía en sí mismo se le contagiara a él también.

Aquella tarde hacía un calor excepcional, así que habían abierto la gran ventana redonda del pequeño cobijo. Desde allí tenían una magnífica vista sobre el gentío de la ciudad. Elyzandrium (así se llamaba la ciudad) se extendía a lo largo de un gran valle, y estaba cercada por montañas gigantescas, cubiertas de bosque. Rascacielos altos de bambú se elevaban hacia el cielo, y el humo salía de miles de chimeneas de las casas entre ellos. Vehículos de todo tipo se agolpaban en sus calles polvorientas, y en el cielo se oían los zumbidos de los globos aerostáticos de vapor y otras máquinas voladoras, a cuál más peculiar.

El último invento de Timmy y Simon estaba casi a punto: una máquina capaz de pelar naranjas. Era un gran aparato, ensamblado con tablones de madera y otros materiales que habían ido encontrando por la ciudad. Las bisagras y sujeciones provenían de algunas bicicletas que habían rescatado de un desguace.

La máquina era tan grande que Timmy se preguntaba si conseguirían bajarla por las escaleras. El plan era vendérsela a Samuel, uno de los tenderos de fruta de la plaza, que en una ocasión les contó que su deseo era precisamente tener una máquina como esa.

Timmy no conseguía encontrar la bisagra que buscaba, y levantó la vista para mirar a Simon.

—¿Te sobra una bisagra por ahí?

Simon le lanzó una a Timmy y respondió:

—No la aprietes tan fuerte como la última vez, que se salieron los tacos.

Timmy sonrió.

—Han de estar bien atornillados para que el conjunto de resortes funcione —respondió él, seguro de sí mismo—. Además, mi querido amigo visón, es cosa tuya asegurar que los tacos de madera estén puestos como es debido —alzó la mirada y se sonrió, socarrón—, así que ya sabes: ponles un montón de cola.

Simon respondió refunfuñando, pero sabía que Timmy tenía razón. Por eso llenaba cada agujero hasta arriba de cola y luego empujaba dentro los tacos de madera.

—¿Cuándo volvían Jasper y Kasper? —preguntó Simon—. Necesitamos algo que pese para mantener abajo el cargador automático y así poder clavar los últimos marcos de madera.

—Deberían estar al caer. Solo iban a buscar resina para el barniz —respondió Timmy.

Justo acababa de pronunciar esas palabras cuando oyeron pasos estrepitosos en la escalera. Los hermanos Jasper y Kasper eran cerdos, y claro, tenían cierto sobrepeso. También eran buenísimos en matemáticas. Siempre llevaban consigo una libreta para poder calcular rápido la solución a planteamientos difíciles. Por desgracia, casi nunca llegaban los dos al mismo resultado, y por eso se desgreñaban a menudo.

Timmy y Simon conocían a los hermanos cerdos desde hacía un par de años. Coincidieron en una feria de inven-



tos, y Jasper y Kasper los ayudaron con los cálculos para un nuevo invento. Enseguida se hicieron amigos, y ahora los hermanos eran una parte importante de aquel equipo de inventores.

A Timmy se le iluminó la cara cuando los vio entrar por la puerta.

—Qué bien que ya estéis aquí. Sentaos en ese tablón.

Jasper y Kasper se sentaron en una de las mitades de la construcción de madera de la máquina. La estructura crujió con el peso, y Timmy enroscó rápido y con maña el último tornillo.

—¡Listo! —gritó, contento—. ¡Nuestra máquina automática de pelar naranjas está acabada! ¿A que ha quedado bien? Ahora solo queda el barniz.

Timmy, Simon, Jasper y Kasper dieron un paso atrás y admiraron con orgullo su obra maestra.

Cuando el barniz se secó, los cuatro amigos bajaron el aparato por las escaleras con gran esfuerzo. Timmy y Simon sujetaban la parte posterior, mientras que Jasper y Kasper transportaban la parte anterior, más pesada. La hija de seis



años del pastelero, Matilda, miraba perpleja cómo bajaban cargados la escalera. Estaba de pie al lado de la puerta trasera de la pastelería y a los cuatro inventores se les iluminó la cara cuando la descubrieron. Hacía unos días que no la veían.

—¿Adónde vais con vuestra máquina? —preguntó, curiosa.

—A la plaza, al otro lado de la ciudad —respondió Timmy, jadeante.

—No os dará tiempo de llegar antes de que anochezca.

—No la escuchéis, no es más que una cría —dijo Jasper.

Aquel comentario hirió a Matilda, que hizo pucheros. Timmy buscó rápido algo que decir.

—¡Qué vestido más bonito llevas hoy! —Fue lo mejor que se le ocurrió.

El comentario pareció funcionar, y a Matilda se le volvió a iluminar el rostro. Timmy le sonrió, amable.

—No somos más que animales locos y parlantes que inventamos cosas, ¿sabes?

Matilda iba a echarse a reír con aquel comentario, pero entonces sucedió algo extraño. A pesar de que su boca adoptó la forma de una risa, de ella no salió ni un solo sonido. Solo hacía muecas, y Timmy la miró perplejo, pero tuvo que volver a su tarea y no le dio más vueltas a lo que acababa de pasar. Se despidieron de Matilda y consiguieron bajar los escalones que les quedaban con mucha agilidad.

Pronto estuvieron fuera, en la calle transitada. Era ya última hora de la tarde y los edificios proyectaban sombras

largas. Los habitantes de Elyzandrium volvían a sus casas tras la jornada de trabajo y las calles estaban repletas de bicicletas y otros tipos de vehículos. Tanto personas como animales los adelantaban, ágiles, y miraban asombrados la gran máquina. Con mucho cuidado, la posaron en el suelo para poder descansar un poco. Timmy miró a sus amigos.

—Recobrad fuerzas, chicos, pero no nos entretengamos. Ya es tarde, y el viejo Samuel no tardará en marcharse de la plaza.

—¿Cuánto crees que nos va a pagar por ella? —preguntó Simon mientras sacaba un espejo de bolsillo. Con rapidez y pericia, comprobó que no se le hubiera despeinado el pelaje.

—Según mis últimos cálculos, tendremos toda la fruta que queramos el resto del año —dijo Jasper con una gran sonrisa.

Kasper sacó su libreta, resuelto, y empezó a escribir.

—Bueno, eso que dices no es del todo correcto —respondió con los ojos entornados.

—Si negociamos un poco, podríamos lograr incluir anacardos en el acuerdo también.

Simon esbozó una sonrisa tan amplia que todos pudieron admirar sus dientes perfectos.

—Me encantan los anacardos —dijo, alegre.

Jasper le clavó la mirada a su hermano con rabia y sostuvo la libreta para que Kasper pudiera ver sus cálculos.

—¡No! ¡No cuadra! Mira este algoritmo. Si nos da algo más, van a ser almendras. Mira aquí.



—Anacardos —mantuvo Kasper, seguro de lo que decía.

—¡Almendras! —le espetó Jasper, enojado.

Acto seguido, los dos cerdos se enzarzaron a golpes. Las libretas volaron por los aires y ellos rodaron por la calle, peleándose y pegándose.

—¡Anacardos!

—¡Almendras!

Los otros miraban resignados a los dos cerdos, que se revolcaban levantando polvo y grava a su alrededor.

—¡Eo, chicos! —Timmy miró al cielo—.

¡Parad! ¡Ya llegamos tarde! —Con mucho esfuerzo, consiguió separarlos—. ¡Anacardos o almendras, los dos suenan bien! Es la recompensa por nuestro trabajo. Venga, no tenemos tiempo para peleas. A ver si conseguimos acabar con esto.



Algunos pellizcos y empujones más tarde, Jasper y Kasper se calmaron. Timmy suspiró, se doblegó y agarró la máquina con firmeza. Simon hizo lo propio, y al final también se sumaron los hermanos cerdos. Prosiguieron su camino.

Un rato más tarde, sudorosos y cansados, los amigos colocaron la máquina con cuidado sobre los adoquines polvorientos. Aún les quedaba un buen trozo de camino si no querían salirse de las calles grandes y seguras.

Entonces Timmy tuvo una idea.

—Si atajamos por las callejuelas, ahorraremos muchísimo tiempo.

Justo desde donde estaban podían ver el interior de una de esas callejuelas. La angosta embocadura parecía oscura y abandonada. Simon fue el primero en protestar.

—Es demasiado arriesgado. Seamos sinceros: si nos topáramos con el tipo equivocado de gente, nos transformarían en merienda en un abrir y cerrar de ojos. ¿No aprendiste nada en la calle?

—Sí, Timmy. ¿Es realmente tan buena idea? —preguntó Kasper preocupado—. Pronto se hará oscuro, y sí... Somos bastante pequeños y somos inventores... O quizá más bien pazguatos. No somos tipos duros, en absoluto.

Todos sabían que aquello era cierto.

—Pero es que volver atrás es mucho más largo —insistió Timmy, obstinado.

En realidad, sabía que aquella tal vez no fuera la mejor idea del mundo, pero al mismo tiempo tenía tantas ganas de venderle la máquina a Samuel... ¡Fruta gratis durante un año! Y quizá anacardos o almendras también. Además, ellos eran cuatro, espabilados e ingeniosos. ¿Qué podía pasar?

Jasper empezó a calcular mentalmente.

—Si partimos de los parámetros de los que disponemos en este momento, el riesgo será de cero con cuatro décimas en la escala de Richter.

—Cero con tres, de hecho —rebatía Kasper.

A Jasper se le ensombreció la mirada y sacó su libreta. Timmy suspiró. No, otra vez no.

—Cero con tres o cero con cuatro, qué más da —dijo sonriéndoles—. No suena tan peligroso, ¿no? Venga chicos, vamos a atravesar rapidito estos callejones.

Y así se decidió. Juntos, entraron tambaleándose en las callejuelas oscuras, cargando la pesada máquina de pelar naranjas.

Poco después los callejones empezaron a estrecharse, y el bullicio de la calle principal se desvaneció. Pronto, lo único que pudieron ver fue una franja de cielo azul por encima de ellos, un cielo que cada vez se volvía más y más oscuro.

Bajo la batuta de Timmy se adentraron en las callejuelas tortuosas. Hacía rato que Simon había perdido ya la cuenta de las veces que habían doblado una esquina en diferentes direcciones, y esperaba de veras que Timmy supiera lo que estaba haciendo.

De repente, una sombra grande y oscura se cernió sobre ellos. Los cuatro amigos frenaron en seco y alzaron la vista.

—Os creéis muy listos, ¿no? Pero solo sois un grupo de atontados. Y, además, estáis demasiado lejos de casa —dijo una voz bronca.

Ante ellos, en medio de la calle, tenían a uno de los primos Gribbel. Los Gribbel eran jabalíes. Eran altos y grandes, y tenían el cuello ancho. Timmy había oído decir que eran unos tipos malos de verdad. No eran demasiado lis-



tos, pero lo que les faltaba dentro del cráneo lo compensaban con músculos. Nadie sabía con exactitud cuántos eran porque todos tenían más o menos el mismo aspecto. Los Gribbel eran tristemente célebres por robar cosas. Algunos decían que hasta habían raptado niños pequeños.

Dos primos más salieron entonces de la oscuridad y se colocaron delante de los cuatro amigos. De este modo, bloqueaban todas las posibilidades de huida.

—¿Qué es eso que lleváis ahí? —preguntó el más grande de todos ellos.

—Tiene pinta de ser algo que nos puede resultar útil —dijo otro.

—No es nada —consiguió pronunciar Timmy—. Nada que tenga valor alguno, en cualquier caso.

—Entonces no os importará que nos lo quedemos, ¿no?

Timmy intentaba ser valiente.

—Pues sí, sí que nos importa —dijo, levantando una pata—. ¡No sería justo! Lo hemos construido nosotros y no podéis llevároslo sin más.

—¿Has oído eso?

Los primos se echaron a reír.

—Eres bastante valiente, minino, pero sal de ahí ya para que nos podamos llevar eso que en realidad os pertenece a vosotros.

Más risas.

Los cuatro amigos comprendieron que aquella era una partida perdida. Primero solo se miraron preocupa-

dos unos a otros. De entre las sombras salieron dos primos Gribbel más.

Estaban rodeados.

Jasper y Kasper se rindieron primero. Soltaron su extremo de la máquina, que cayó al suelo con estrépito. Después, se apresuraron a colarse tan rápido por una pequeña abertura de puerta que los lentos jabalíes no tuvieron tiempo de reaccionar.

Timmy y Simon aún sujetaban su extremo del carro. Levantaron la vista y sus miradas se compenetraron en silencio. Acto seguido, Simon corrió hacia un lado y consiguió escabullirse entre dos primos. Su amigo intentó seguirlo, pero uno de los Gribbel tuvo tiempo de dar un paso al frente y bloquear el camino. Timmy se giró a la velocidad del rayo con los reflejos gatunos en tensión. Dos de los jabalíes se le acercaban, agitando los brazos. No tenía por dónde huir.

—¡Atrapadlo!

Acto seguido, Timmy dio un fuerte salto. Consiguió alcanzar un marco de la ventana y se aupó hacia arriba con todas sus fuerzas. Los Gribbel bramaban y gritaban intentando alcanzarlo. Las garras encontraron agujeros y grietas donde sujetarse, y se encaramó por la fachada de la casa más rápido que un rayo.

—¡Baja de ahí, aún no hemos terminado contigo! —le gritaron los primos jabalíes.



Cada vez trepaba más alto, sin perder de vista a los furiosos jabalíes que intentaban seguirlo pared arriba, aunque ellos, inmediatamente, se escurrían hacia abajo. Puesto que eran tan grandes y tenían el cuello tan grueso, eran unos escaladores pésimos. Timmy acabó llegando al tejado y se encaramó a la cornisa. Podía oír a los Gribbel pataleando y be-reando por él mientras corría alejándose a toda velocidad.

El menudo gato saltó por encima de tejados, trepó por chimeneas y dio saltos enormes para cruzar las callejuelas. Corrió y corrió, y hasta que no estuvo del todo seguro de que había dejado atrás y bien lejos a los Gribbel, no paró.

Simon, Jasper y Kasper se habían escondido en el mismo edificio. Después de haber corrido escaleras arriba y abajo y de haber atravesado salón y cocina (donde una familia de gansos que cenaba se quedó atónita al verlos), habían vuelto a salir las callejuelas, y a través de otros huecos de puerta se acurrucaban en una de las calles principales. Estaban sin aliento y temblaban tras la dosis de adrenalina que acaban de recibir. Simon se giró.

—¿Dónde está Timmy?

—Pensaba que estaba contigo —respondió Kasper, jadeante.

—Estaba justo detrás de nosotros.

Jasper echó un vistazo al oscuro callejón del que acababan de salir.

—No viene.

Los tres miraron hacia el callejón del que acababan de salir, entornando los ojos. Nadie quería volver a entrar en

él mientras los Gribbel siguieran allí dentro. Sin embargo, Simon conocía a su mejor amigo.

—Se las arreglaré. Estamos hablando de Timmy. A él siempre se le ocurre algo.

Los tres amigos se miraron y, despacio, reemprendieron el camino hacia la pastelería.



Capítulo 2



Se hizo de noche, y una luna amarilla gigantesca pendía sobre los tejados de las casas como si de un melocotón maduro se tratara. Timmy echó una ojeada a la calle que tenía debajo. Se había perdido, era lo único que sabía. Eso, y que tenía que encontrar el camino de vuelta a casa de alguna forma. Además, estaba exhausto y empezaba a tener frío. En general se sentía bastante desdichado. Con mucho cuidado, bajó por una escalera de incendios hasta una calle contigua que no le pareció demasiado oscura.

La calle estaba desierta. Las farolas rojas colgaban entre los edificios, y desde una ventana oscura sonaba una canción triste. Eligió la dirección al azar. Nunca había estado en esta zona de Elyzandrium. Las casas parecían más viejas, pero también se dijo que tenían mucho más encanto que los edificios de su barrio.

Una pareja entrelazada se le acercó. Timmy intentó llamar su atención, pero estaban demasiado ocupados con su enamoramiento. Él también quería estar enamorado y no perdido, solo y con frío. Estúpidos Gribbel. Si alguna vez

se volvía a topar con ellos, les daría una buena paliza. Y no es que supiera cómo, pero...

Timmy tenía cada vez más sueño, y el frío se apoderaba de él. Era tarde, y encima empezaba a sentir un hambre atroz. De repente, divisó un grupo de guardias urbanos un poco más allá y se paró en seco. No quería meterse en líos, o al menos no quería más líos de los que ya tenía, así que se escabulló ágil por otra calle adyacente.



Habían empezado a caer algunas gotas. Con el frío de la noche, llegó también la niebla, y esta hizo que la luz de las farolas sobre él se atenuara. Timmy se estremeció. Ningún lugar le acababa de parecer bueno para refugiarse, así que se escondió detrás de un montón de cartones apilados a lo largo de uno de los edificios y allí se dejó caer. Intentó colocarlos como pudo para protegerse de la lluvia. Al final, apoyó su pequeña cabeza contra uno de los cartones y se durmió.

En un edificio alto y oscuro del otro lado de la ciudad, un extraño conejo azul contemplaba las calles desde su balcón. Las vistas eran fantásticas. La ciudad a sus pies parecía un mar de luces, brillante. El conejo se sentía feliz por estar de vuelta por fin. Muchos años atrás había tenido que huir de aquel lugar, que él consideraba el de su nacimiento.

Durante todos aquellos años había reunido riquezas de todos los rincones del mundo. Ahora había vuelto y parecía que nadie lo recordaba. «Y eso», pensó, «me va como anillo al dedo para mi plan». También cuadraba el hecho de que fuera aquí donde él renaciera, donde al fin pudiera conseguir aquello que tanto había anhelado: un alma de verdad. ¡Una vida de verdad!

El conejo era muy alto para ser un conejo, y también tenía cierta barriga. Esto último le parecía apropiado para un hombre importante como él. Tenía los ojos rojos, brillantes, pequeños y sagaces. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de su figura era su pelo azul lustroso.





Nunca se había planteado por qué tenía el pelaje de ese color, pero le gustaba. El Conejo Azul estaba a punto de retirarse a sus aposentos cuando escuchó un leve golpeteo en la puerta.

—¡Adelante! —dijo en voz alta y con cierta impaciencia.

La puerta se abrió y dos de los primos Gribbel entraron nerviosos, arrastrando los pies. Llevaban la máquina de pelar naranjas robada.

—Hola, jefe.

—¿Qué es eso de ahí?

—Pues no lo sabemos, pero hemos pensado que te gustaría. ¿Quizá lo podrías usar para tu máquina? —dijo el primo más grandote—. ¿Para qué sirve tu máquina en realidad?

Al Conejo Azul le trajo sin cuidado la pregunta.

—Colocadla allí, al fondo —dijo, señalando un rincón de la sala—. Y no toquéis nada.

—Claro, jefe.

Los primos llevaron la máquina de pelar naranjas a un rincón de la diáfana habitación. El primo más grande, que se llamaba Dobbe, se enderezó un poco y miró a su jefe.

—¿Necesitas algo más? ¿Más niños?

Dobbe parecía temer un ápice al conejo.

Su jefe lo miró inexpresivo.

—Fuera. Fuera de aquí. Os avisaré cuando os necesite. Y no intentes pensar por ti mismo, no te va a dar más que dolor en esa cabeza tan hueca que tienes.

—De acuerdo, jefe. Perdón, jefe.

Dobbe y su primo se inclinaron ante él y salieron de allí con cuidado.

Timmy sintió cómo alguien lo sacudía para que se despertara y que, además, no lo hacía de una manera agradable. Confuso, levantó la mirada e intentó frotarse los ojos para despejarse. Pronto pudo distinguir cinco grandes siluetas oscuras que se inclinaban sobre él.

Guardias urbanos. Tenían la mirada clavada en él, y no parecían contentos.

—Está prohibido dormir en la calle —dijo uno de ellos.

Quedaba claro que él era el capitán. Lucía grandes hombreras y un casco alto.

—Vete de aquí ahora mismo. Vete a casa.

Timmy se levantó despacio y tiritando.

—Es una cría de gato. No debería estar en estos barrios —dijo una voz.

—Es muy probable que sea un alborotador. Seguro que es un ladrón. Seguro que está metido en alguna banda —dijo el tercer guardia.

El capitán miró con severidad al pequeño Timmy.

—¿Tienes nombre, gatito?

Timmy alzó la mirada hacia los guardias molestos.

—Timmy.

—Pues bueno, Timmy, ahora se te han torcido las cosas. Así que has andado robando esta noche. Tendrás que acompañarnos. En la cárcel hay un buen suelo donde dormir hasta que encontremos a tus padres.



—Pero ¿no puedo irme a casa y ya está? Prometo que iré derecho allí.

Timmy miró al corpulento guardia con ojos suplicantes. Por un momento pensó que este le iba a dejar ir, pero poco después el rostro del guardia se volvió a endurecer.

—Si dejáramos que todos los malhechores se fueran a casa sin más, ¿cómo crees que irían las cosas en esta ciudad?

Acto seguido, levantó a Timmy por la piel del pescuezo, y se disponía a arrojarlo contra un gran saco que sujetaba el guardia detrás de él cuando se escuchó una voz detrás de ellos.

—Perdonadme.

La voz sonaba decidida.

Un hombre mayor, con una barriga bastante prominente y que lucía un elegante gabán, se abrió paso entre la niebla hasta ellos.

—¿Va todo bien por aquí? —continuó el hombre.

—No te metas, viejo —respondió el capitán, brusco.

—Qué falta de respeto más grande.

El anciano sacó un objeto de su gran abrigo y lo alzó ante sí. Los guardias miraron sorprendidos lo que aquel hombre blandía. El objeto parecía una libélula hecha de metal y madera con alas finas de papel.

—Eh, tú. Más te vale guardar eso de ahí, si no, vamos a...

En ese preciso instante, la libélula empezó a brillar y zumbar, y para sorpresa de los guardias salió volando de las

manos del hombre. Les dio una vuelta iluminándolos con una luz lila. Los guardias estaban de pie, inmóviles, hechizados por aquel extraño objeto volador. Poco después, sus rostros habitualmente enfadados sonrieron, y empezaron a reír como si de niños se tratara.

—Así, muy bien —dijo el hombre, tranquilizador.

Los guardias rieron, embrujados, y dejaron que sus lanzas cayeran al suelo. Hacían pequeñas piruetas mientras



intentaban mantener la mirada fija en la libélula. Timmy primero miraba anonadado, pero luego vio su oportunidad y se deslizó al lado de los guardias danzantes. Se acercó al anciano que lo miraba a través de las gafas redondas.

—Es un juguete mágico —le explicó el hombre.

Timmy estaba muy agradecido de que aquel hombre le hubiera sacado del aprieto, pero también recelaba de él.

—¿Lo has construido tú?

—Pues la verdad es que sí. Soy fabricante de juguetes. Me llamo Alfred. Alfred el fabricante de juguetes.

—Yo me llamo Timmy.

—Vaya, Timmy, me ha parecido que estabas en apuros y he pensado que podía ayudarte. Estás lejos de casa, ¿verdad?

Hablaba con un tono cálido y sincero.

—Gracias, amable caballero. Pues sí, estoy algo perdido, creo.

A su lado, los soldados seguían haciendo tonterías. Ahora reían y jugaban a la rayuela. A Timmy le parecía todo bastante raro.

—Bueno, se ha hecho tarde —dijo Alfred—. Ven a tomar un té conmigo a mi taller. ¿Y quizá alguna galleta que otra? Tengo un dormitorio donde podrás descansar todo lo que necesites.

Timmy vaciló. ¿Podía confiar en aquel anciano? Una niebla fría se acercaba despacio, y tiritó. Hoy todo había salido del revés, y aquel anciano se había esforzado de verdad en ayudarlo.

—Una taza de té me sentaría de maravilla.

—Qué bien, me alegro. No está muy lejos.

Así, empezaron a caminar juntos calle abajo. Timmy se giró una última vez. A través de la niebla vio a los guardias, que ahora jugaban al pillapilla. Se rio por lo bajini.

